

## EL BÚNKER

### I

No puede evitar estremecerse cada vez que baja a por vino. Por fortuna son pocas las ocasiones en que el presidente agasaja a sus invitados con un almuerzo acompañado de alguna de las exquisitas botellas que guarda allá abajo. Solo a él, como portero mayor del Senado, cabe ocuparse de la tarea. La escena suele ser muy parecida: don Ricardo le llama a su despacho, donde le explica sin muchos rodeos.

- Hoy tenemos comida.

- Muy bien, presidente.

- He pensado en un albariño Viña Almeida, y después un Finca Montano. Ribera. Reserva 2004. Ya sabes dónde están las llaves.

- Por supuesto, presidente.

Vicente Román goza de la total confianza del presidente del Senado. Se entiende bien con él. Veterano ujier de las Cortes Generales, todavía le quedan algunos años para jubilarse, y a veces se pregunta si lo hará con don Ricardo, su capitán, al frente de la nave. Porque el Senado es un gigantesco transatlántico. Con sus cubiertas, su sala de máquinas, sus camarotes, sus ojos de buey, su piscina...

Una vez más volvió a los sótanos. La llave del botellero seguía escondida en el cajoncito oculto del secreter de uno de los despachos de honor del palacio, al que, en su calidad de máximo responsable de los ujieres, tenía pleno acceso. Con ella en el bolsillo y equipado con una bolsa de tela negra de las que venden en la tienda de la Cámara, se dirigió, ya por el edificio nuevo de la ampliación, hasta una pequeña puerta situada al fondo del garaje. Allí podía leerse "SIN SALIDA".

Se aseguró de que nadie observaba sus movimientos y, tras franquearla, se encaminó por un estrecho y largo pasillo hasta la escalera metálica de caracol que da paso al submundo parlamentario.

El portero mayor iluminó la escalera activando varios interruptores de un cuadro de luces ubicado nada más pasar la puerta. Al lado colgaba una linterna. La empuñó como si fuera un arma capaz de acabar eficazmente con cualquier espectro que pudiera encontrar en su camino. Inició el descenso, con la misma fe del Dante. Bajó peldaños y más peldaños, cuyo sonido metálico se le aparentaba estruendoso, rodeado por una iluminación cada vez más mortecina, afinada por una caída gradual de la temperatura que iba acariciando de manera invisible el dorso de sus manos, la piel de su cuello, la nuca.

Otra vez el inevitable escalofrío que siempre sentía al pisar el suelo de cemento, atrapado por un silencio absoluto. Las formas dibujadas en las paredes de la escalera por las lámparas colocadas en cada tramo se diluían al llegar al fondo bajo el poder de una oscuridad total, cerrada, sólida. Inhumana como un aullido. Buscó el otro interruptor ayudándose con el haz de la linterna y encendió así las bombillas del techo, conectadas por un cable que avanzaba por la bóveda de hormigón gris de la galería, ancha y alta, que se manifestó ante él, más sobrecogedora que imponente. No le interesaba proseguir por aquella garganta infernal. Ya podía ver el botellero, cubierto de polvo, a escasos dos metros de la escalera. Contenía un centenar de botellas, perfectamente ordenadas por denominaciones y añadas. Abrió la puerta de rejilla con la llave que sacó de su bolsillo y, cual sumo sacerdote, accedió a la escritura sagrada, en este caso un papel plastificado donde se especificaba exactamente la ubicación de cada botella. Era como el juego de los barcos. Albariño. Viña Almeida... C7. Ribera del Duero. Finca Montano. H5. Extrajo las dos botellas y las metió en la bolsa sin quitarles el polvo. Mientras cerraba la reja, pensó en quién se encargaría de llenar los dos huecos que había dejado en el armario, al igual que los otros cinco o seis que quedaban en otros lugares del campo de batalla naval. Él imaginaba que era el propio presidente, quizá clandestinamente, tal vez por la noche, quien se adentraba en el inframundo de la Cámara Alta, reponía las botellas y cambiaba el papel plastificado. Pero no tenía la certeza. Para él siempre fue un misterio. Y nunca lo preguntó.

### III

-A pesar de todo estoy bien. Ya sabes que la política tiene mucho de juego, y a mí me encanta jugar, sobre todo cuando tienes más de un rey en la baraja.

Mientras el presidente hablaba levantaba la copa de vino y observaba su contenido, situándola entre él y su invitado, ceremonia que concluyó llevándose el líquido a los labios. Un gesto imitado de inmediato por su interlocutor.

- Excelente este ribera. Desde luego tienes ojo para los caldos, querido. Parece mentira en un tipo como tú, nacido en una tierra más bien mediocre en lo vitivinícola, ¿eh?

- Cuidado con lo que dices, Manolo, advirtió don Ricardo, cerrando ostensiblemente el ojo izquierdo y esbozando una sonrisa pícaro que su viejo amigo y compañero de universidad conocía de sobra.

En ese momento sonó su teléfono móvil, que había dejado sobre una mesa contigua. Puso cierta cara de fastidio, porque sabía que una llamada por ese artefacto, a la hora de la comida, no podía responder a nada bueno.

- Hola ¿cómo estás? Sí. No pasa nada... Tú dirás. Bueno... Ya imagino. Bien... Le recibiré cuanto antes. De acuerdo. Que me llame.

Su amigo Manuel Etxeandía, catedrático de Matemática Aplicada, miraba para otro lado, con el mismo gesto que ponen los dependientes cuando esperan a que el cliente marque en el datáfono el número secreto de su tarjeta de crédito.

- Era el presidente. Me anuncia visita. El director del CNI quiere hablar conmigo. No tengo ni la más remota idea sobre qué. Pero viniendo de él, cualquier cosa - rió con ganas- Una vez me preguntó, aprovechando una recepción en el Palacio Real, cuán estrecha era mi relación con una ucraniana, una especie de Mata-Hari contemporánea que se movía como pez en el agua por embajadas y despachos oficiales y que al parecer presumía de que yo la tenía en muy buena estima. ¿Qué te parece? Todo mentira. A estas cosas se dedican los espías.

#### IV

El vehículo negro y blindado, precedido de otro de la escolta, aparcó silenciosamente en el granito de la Plaza de la Marina Española, bajo la eterna mirada de Cánovas del Castillo. Su ocupante bajó del automóvil y se adentró en el palacio tras saludar a Florencio, secretario general de la Cámara Alta, quien le recibió a la puerta con un apretón de manos. Cuatro escoltas vestidos con muy similares trajes oscuros y riñones abultados le acompañaron hasta dentro. Dos se quedaron en el vestíbulo y otros dos subieron hasta la puerta del despacho del presidente.

- Te puedo decir lo que te puedo decir. Y lo te digo no es poco, ni mucho. Solo lo que necesitas saber. Esto es, como siempre, entre nosotros.

- Te escucho - al presidente se le achicaron un poco los ojos negros tras sus gafas de pasta gruesa, que se fijaron en los más pequeños del director, más prietos que los suyos, casi chinchetas de ébano bajo una calva lustrosa y morena.

- Vamos a hacer un centro de mando y un refugio antinuclear en el búnker que hay debajo del Senado.

- Ja.

- En serio. Está decidido. Lo avala el presidente, el ministro de Defensa y el vicepresidente. La ministra de Hacienda pone reparos, como es lógico. Pero no hay dudas. Es el momento.

Don Ricardo hizo un cálculo rápido de probabilidades. No era exactamente el cómputo que un catedrático de Matemática Avanzada como él haría en una clase magistral, sino una más intuitiva percepción de lo que aquella en principio disparatada idea podía suponer para él, para la institución que encabezaba desde dos legislaturas atrás y, por supuesto, para su bodega. Su secreto.

- Aquí están todos los detalles.

Le mostró un extraño objeto, una especie de cartulina plastificada, flexible, grisácea. La tocó con el dedo pulgar y en la superficie apareció un texto donde podía leerse en letras rojas "Alto Secreto"; debajo, un código alfanumérico, y en la parte inferior: "Destino: PREGOS".

-¿Qué es esto?

Octavio Figueras, responsable de los servicios de Inteligencia del Reino de España levantó sus muy negras cejas rápidamente, miró al objeto y al presidente del Senado casi en un mismo gesto y le explicó mientras empujaba hacia arriba el puente de la montura de sus gafas con el dedo índice de su mano diestra.

- Es un soporte efímero de última generación. Los documentos que aquí se archivan sólo pueden ser abiertos con la huella dactilar de la persona autorizada, en este caso yo. Y además caducan en un tiempo muy breve. No se puede fotocopiar, escanear ni fotografiar. Solo es visible para el ojo humano.

- Vale, vale, -dijo don Ricardo, un poco impaciente, girando fugazmente la vista hacia la ventana, tras la cual el perfil en bronce de Cánovas del Castillo, elevado a quince metros del suelo gracias a su imponente pedestal, le ignoraba displicente- ¿Y eso de PREGOS?

- Es el acrónimo del presidente.

- Ah.

- Sí, PRE de presidente, GO de Gobierno y S de España.

- Pero tendría que ser PREGOES, por "ES" de España.

- Ya, pero quedaba mal. Mejor acabado en ese, como POTUS (President of the United States) .

Entonces fue don Ricardo quien arqueó las cejas, pensando en cuánto se debía aburrir el funcionario del Centro Nacional de Inteligencia que se ocupaba de pensar los nombrecitos de marras.

- A España ya no la quiere nadie, ni abreviada – ironizó.

Pero el director ignoró su comentario. Ya estaba lanzado: "También está MINGOS, esto es, Ministro del Gobierno de España, y..."

- Vale. No me interesa. Le cortó el presidente, quien le imaginaba contándole una por una las siglas de todos los altos cargos sensibles de la Administración General del Estado. Al grano. ¿Quieres un café?

Para cuando Luciano, el camarero jefe de Cafetería y Restauración, les servía el café, don Ricardo ya se había hecho una idea aproximada de lo que el CNI pretendía hacer en el subsuelo del Senado. La cosa se iba a 95 millones de euros. Más que el presupuesto de la Cámara. No era solo un refugio antinuclear. Tenía un centro de mando virtual con capacidad operativa sobre agentes y tropas ubicados a miles de kilómetros de distancia, una red segura de comunicaciones, varias salas secretas para garantizar la supervivencia autónoma de decenas de personas durante meses... la leche.

Volvieron a quedarse solos cuando Luciano hubo servido el cortado con leche fría y el solo corto con sacarina. Entonces don Ricardo comenzó su interrogatorio.

- A ver. ¿No tenéis ya un búnker en Moncloa?

- Sí. Pero la tendencia actual en INASIC (Inteligencia de Apoyo a Altos Cargos en Situaciones de Crisis) aconseja diversificar.

- Vaya, ¿también hay modas en esto del apocalipsis?

- Allí solo caben 200 personas. Overbooking en el búnker. No sé si me entiendes.

- Pues no.

- Las circunstancias son idóneas. El Senado está en un lugar muy estratégico, en el centro de la ciudad, a pocos minutos de todos los ministerios, y contamos con la ventaja de que el búnker ya está hecho, sólo tenemos que equiparlo.

- No me jodas. ¿Cómo vais a trabajar sin que se note, aquí, en pleno Madrid de los Austrias?

- Con las obras de la reforma de la Plaza de España y de la calle Bailén podemos camuflar a nuestros técnicos entre los operarios de la empresa constructora. Está todo pensado. El momento es único.

- ¿Y para evacuar? Yo hace mucho que no bajo allí, pero me da que el búnker no tiene salida. Es una ratonera. Una tumba de hormigón armado, diría yo.

- Muy fácil. Un pasadizo hasta el Manzanares. Como el túnel de Bonaparte.

- Pues a mí me hacéis la pascua -añadió, fastidiado.

- El presidente está de acuerdo.

Eso sí que le molestaba. Su insistencia en dejar claro que era decisión del presidente. Presidente por aquí, presidente por allá.

- ¿Y el rey?

- Por ahora no sabe nada. De la lista IPSE (Interlocutores Privilegiados para Secretos de Estado) será el último en saberlo.

- Como siempre.

Don Ricardo empezaba a hartarse de tanta sigla y tanta mandanga. Y comenzó a sospechar quién era el cargo del CNI que tanto se aburría.

## V

El pleno no era ni más ni menos tedioso que los demás. Moción consecuencia de interpelación sobre las medidas que debe adoptar el Gobierno para implementar una estrategia sostenible y ecoambientalmente eficiente en el ámbito del tratamiento de residuos procedentes de inmuebles y entidades públicas pertenecientes a la Administración General del Estado. Un punto menos en el orden del día que iría cayendo lánguidamente, como la tarde que se desdibujaba al fondo del hemiciclo color miel, tras la galería que daba hacia la calle. Pronto llegarían desde allí los primeros rumores mecánicos de las obras de la Plaza de España. Se tocó la corbata verde, dejó el puesto a la vicepresidenta primera, Alicia Franco, e hizo un gesto al secretario general, Florencio Pellicer, con quien se dirigió a su despacho.

Además de un tipo listo, Pellicer era un gran aficionado a la historia. Y recordaba vagamente que alguna vez le había contado cosas sobre el búnker, al comienzo de la anterior legislatura. Así que decidió organizar con él una visita al averno parlamentario, eso sí, sin contarle nada del proyecto del CNI.

- Pellicer -siempre le llamaba por su apellido- me apetece visitar los sótanos. Quiero ver cómo están. Seguro que el ayuntamiento nos va a incordiar con el búnker. Por las obras de la plaza, digo.

Al letrado mayor y secretario general del Senado le resultó un poquito débil la argumentación de Ricardo. Pero no le dio mayor importancia. Era de los pocos que

conocía el secreto de la bodega del presidente y como tal se sentía privilegiado de compartir cuanto tuviera relación con aquella picardía, de la que por otra parte ya había disfrutado en alguna ocasión.

- Claro. Cuando quieras. Pero antes mandaré a alguien para que tape el botellero.

- Buena idea.

La comitiva estaba conformada por cinco personas: El presidente Ricardo, el jefe de mantenimiento del Senado, Patricio León, el secretario general Pellicer, el portero mayor Vicente Román y el jefe del servicio de escoltas, Adolfo Martín, un tipo recio, alto y simpático a ratos, siempre pegado a don Ricardo.

Desfilaron todos por el garaje, con Román a la cabeza, que esta vez se había procurado una linterna de gran tamaño. Entraron por la puerta "SIN SALIDA" hasta llegar a la escalera metálica de caracol. El portero mayor iba activando la iluminación, seguido de Patricio León, que a su vez se había hecho con la linterna guardada en el cuadro de luces. Después el presidente, el policía Adolfo a su espalda y Pellicer en último término.

Al llegar abajo, Vicente encendió las luces, cuyo zumbido fluorescente ocupó por completo el silencio donde descansaba el tiempo allí abovedado y la oculta colección de vinos. Se puso delante del armario que los guardaba (transformado ahora en un bulto gris gracias a la lona con la que antes lo había tapado, en clandestina operación) e hizo una señal moviendo la linterna dando a entender que podían avanzar.

Hacía apenas dos meses que no bajaba por allí el presidente, para reponer media docena de botellas -tres Riberas, un Rioja y un Somontano, todos tintos, y un blanco Chardonnay que acababa de descubrir gracias a Carmen Castrojeriz, su jefa de Gabinete, oriunda de La Mancha y que sabía de vinos más que nadie. De hecho, era ella quien le ayudaba a bajar las botellas, ocultas en una bolsa de yute, preparada al efecto junto a su particular código Enigma que permitía localizar las piezas de aquel tesoro enológico por sus añadas y denominaciones. A5, agua; D6, tocado.

Ambos nunca pasaban del rincón donde estaba el botellero. Aquel silencio, la perfecta humedad relativa del 75 por ciento, lo cautivador del secreto compartido podían hacer pensar que allí se substanciaba algo más que una simple maniobra de reposición de caldos. Pero no era así. El corazón de Ricardo miraba hacia otros horizontes y Carmen acallaba sus sentimientos por el presidente bajo el manto de una profunda admiración.



## VI

El grupo se dispersó enseguida bajo la luz fría de los fluorescentes que gobernaba lo alto de la bóveda de cañón, iluminación suficiente para moverse sin tropezar, pero escasa para apreciar detalles. El espacio era amplio y vacío. Más de seis metros habría en altura, veinte de ancho y muchos más de fondo, todo hormigonado. Al final se adivinaba un recodo, tal vez un pasillo, al que se dirigieron despacio, mientras miraban hacia arriba. Las linternas del portero mayor y el jefe del mantenimiento enfocaban algunos puntos concretos.

- Lo hizo construir el general Agustín Muñoz Grandes, el que mandó la División Azul -dijo el letrado mayor al presidente observando hacia lo alto- Arriba estaba el Cuartel del Reloj. Se supone que era un refugio de la Capitanía General, pero sus grandes dimensiones hacen pensar que sirvió para otros menesteres.

Llegaron hasta el final, giraron a la derecha, Román y el jefe de mantenimiento en vanguardia, y accedieron a otra sala semejante, también vacía, que parecía aún mayor que la anterior.

- Esto es... impresionante, dijo Pellicer en voz alta.

- Pues sí, casi me había olvidado, apuntó don Ricardo.

- No hay humedad, puntualizó, muy profesional, Vicente, mientras movía de un lado a otro el círculo de luz que marcaba la linterna en la bóveda y los muros.

La tercera estancia era más impactante aún.

- Aquí estaba la galería de tiro, dijo el presidente.

- Efectivamente, señor, ahí están las traviesas, advirtió el jefe de mantenimiento, señalando hacia un rincón donde se amontonaban varias decenas de maderos de ferrocarril acribillados por impactos de bala que astillaban su negruzca superficie.

Entonces lo vieron, al mirar al fondo. Todavía quedaban ocho traviesas ancladas verticalmente en el suelo, también atacadas en su piel creosotada por la viruela de los disparos.

- Parece una sala de fusilamientos, soltó con rotundidad el secretario general, casi asustado de sus propias palabras.

Se hizo un sobrecogedor silencio, mientras las luces de las dos linternas paseaban inquietas por la bóveda. En la altura también se apreciaban algunos impactos de rebotes de bala, como en los muros igualmente arañados por los proyectiles.

La visita no había acabado. Faltaba otra sala a la que el clandestino séquito, todavía estremecido, se dirigió por otro estrecho pasillo.

- Un momento.

El presidente pidió su linterna al portero mayor y enfocó hacia el suelo, del cual recogió una pieza metálica.

- ¿Un casquillo?, preguntó Adolfo, el policía, contraviniendo su habitual silencio.

- Sí. De arma larga -respondió don Ricardo- Aunque parezca mentira, yo hice la mili.

Se lo guardó en el bolsillo antes de pasar a la cuarta estancia, en apariencia semejante a las anteriores, aunque con la salvedad de que al fondo parecía acabar el sistema de búnkeres en un muro completamente oscuro. La serpiente metálica que enlazaba los tubos fluorescentes acababa a mitad de la bóveda, dejando el último tramo en inquietante penumbra.

Avanzaron hacia allí, ya no en fila, sino los cinco uno al lado de otro, igual que un pelotón de fusilamiento en los momentos previos a la ejecución. Las linternas iluminaban hacia el final, donde apenas se adivinaba otro montón de traviesas de tren. Al acercarse más descubrieron que sobre ellas descansaba, como colgada del techo, una lona gigantesca, aparentemente extendida para tapar alguna puerta.

- ¿Qué hay ahí?, preguntó el presidente.

- Tablas, escombros..., contestó con gran rapidez el jefe de mantenimiento, que de repente parecía estar muy interesado en quitar importancia al hallazgo y que comenzó a moverse inquieto de un lado para otro.

- Dame

Don Ricardo le quitó la linterna y dirigió el haz de luz hacia arriba, hasta llegar a la bóveda. Dio dos pasos atrás, uno adelante, y enfocó hacia el extremo inferior de la lona grisácea y sucia.

- Tira.

- Esto está muy sucio, señor presidente.

- Tú tira.

Sin mucho entusiasmo, Patricio León se puso los guantes de trabajo que llevaba en los bolsillos de su pantalón de faena, agarró la tela y la movió; la lona se resistió, pero fue cediendo y generó un extraño ruido en las maderas hasta completar su caída. Una nube de polvo obligó al grupo a retroceder. Cuando la polvareda desapareció, se quedaron mudos ante lo que estaban viendo.

Una gran cruz gamada, labrada en piedra viva y todavía con restos de pintura roja en su superficie, presidía aquel ámbito subterráneo.

## VII

Don Ricardo preside la sesión plenaria pero no está en el hemiciclo. La senadora que él llama de la mayoría menguante se está entusiasmando en su perorata al defender las siete enmiendas que su grupo ha presentado a una moción firmada por la que él llama minoría exponencial, muy revuelta últimamente. Y el patio, o el trasatlántico, en terminología del portero mayor, se está desmadrando.

- ¡Lárgate! (Protestas)

- ¡Fuera! (Rumores)

- ¡Ni idea, no tienes ni pajolera idea! (Aplausos)

El presidente despertó de su letargo y pidió silencio, amagó con llamar al orden a un par de senadores y la sesión prosiguió. Pero enseguida volvió a su mundo. Se removía en su sillón imaginando la gigantesca esvástica bajo el hemiciclo, justo debajo de la Presidencia. Manda huevos, exclamó para sí.

- Por alusiones, presidente.

- ¿Qué quiere señora Ramírez?
- La señora oradora me ha llamado Rapunzel.
- Qué quiere que le diga. No es un insulto. Es una metáfora.
- Sí es un insulto.
- No tiene la palabra. Continúe, señorita.

Ahora los de la minoría exponencial se estaban enfadando de verdad. Voces, más gritos. Imposible seguir así. Recordó un remoto episodio en el pleno del Congreso, cuando siendo diputado por Cádiz, en la oposición, espetó al portavoz de la mayoría, en una memorable réplica: “Usted no merece ni uno de los votos que le sirvieron para sentarse aquí. Hoy ya no habrá ni un solo votante que no se haya arrepentido de haberle elegido”. Le daban ganas de repetírselo a más de uno.

Logró apaciguar el patio y tomó una decisión. Necesitaba ayuda. Dejó la Presidencia en manos de la vicepresidenta Alicia Franco y salió a llamar por teléfono.

Invitó a comer a su viejo amigo Eugenio Conde Manjón, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Salamanca, ya jubilado, numerario de la Real Academia de la Historia, amigo desde los tiempos de la Transición y especialista en la Guerra Civil y el franquismo. No disponía de mucho tiempo, así que como el pleno iba a acabar pronto, le emplazó para esa misma mañana, en su despacho.

- Desde luego, sabes escoger vinos, Ricardo.
- Gracias, Conde.

- Con razón te llamaban el sibarita comunista ¿eh?, a lo Fidel, guiñó un ojo mientras daba un sorbo al Señorío de Berceo, Rioja Gran Reserva de 2005, con el que su amigo había decidido acompañar los medallones de cerdo con salsa de almendras que iban a degustar.

- Tengo que hablar contigo de un asunto muy serio. Pero tienes que ser absolutamente discreto. No lo puedes comentar con nadie. Ya sabes que confío plenamente en ti.

- Claro, claro, hasta que no me acabe la segunda botella no contaré nada, bromeó su amigo.

- Eugenio, por favor.

El académico se dio cuenta de la gravedad del asunto. Era extraña la actitud de Ricardo, quien le contó el descubrimiento de la esvástica pero no los planes del CNI. Le sugirió que debido a las obras en la calle Bailén los técnicos del Ayuntamiento tendrían que bajar al búnker para evaluar posibles repercusiones en el recinto subterráneo y en el edificio de la ampliación del Senado construido sobre el solar donde en su día estuvo el Cuartel del Reloj. Disfrazó su inquietud con una preocupación más bien administrativa, la derivada de un contratiempo. No podía revelar toda la verdad.

Atacaban ya el postre. Panchineta.

- A ver ¿Qué coños hace una esvástica gigantesca en un búnker secreto debajo del Senado?

- A mí no me sorprende mucho, la verdad. (Eugenio hizo una pausa mientras se limpiaba los labios con la servilleta) Muñoz Grandes recibió la cruz de hierro de manos del mismísimo Adolf Hitler. Con hojas de roble. Una condecoración que lograron muy, muy pocos no alemanes. Hitler quiso reemplazar a Franco por el jefe de la División Azul porque creía que con él España se implicaría más en la II Guerra Mundial.

- Algo leí en su día.

- Pues Hitler le recibió en el año 1941. Precisamente en la “guarida del lobo”, su búnker de los bosques de Polonia. Fue -prosiguió Eugenio- un año después de la famosa reunión entre Franco y Hitler en Hendaya. El führer y el general español se entendían bien. Pero Franco, que de ambiciones sabía como nadie, maniobró mejor. Lo ascendió y así neutralizó aquellas peligrosas simpatías. Muñoz Grandes había jurado “absoluta obediencia al jefe del Ejército Alemán Adolf Hitler en la lucha contra el comunismo” y tal vez cuando mandó construir el búnker quiso homenajear también a su mentor alemán esculpiendo esa cruz gamada. Que por cierto me encantaría ver, con tu permiso.

- Otro día, Eugenio, otro día. Continúa.

- Es extraño que no haya referencias escritas. Habría que indagar en los archivos secretos militares. Harían falta muchas manos para excavar la bóveda y luego tallar la esvástica. ¿Dices que todavía tenía restos de pintura?

- Sí. Eso me pareció. Roja.

- A su regreso a España, tras comandar la campaña de la División Azul en la Unión Soviética, Agustín Muñoz Grandes ocupó varios cargos en el Gobierno de Franco.

Y años más tarde fue condecorado por Eisenhower cuando el presidente americano negoció las primeras bases estadounidenses en España. Si algo he aprendido es que hay que ser muy prudente con la Historia. Da vueltas pero no siempre en el mismo sentido.

- Pues ya me dirás, porque para mí esta historia se va a convertir en un gran problema. Pellicer dice que no se le podría aplicar la Ley de Memoria Histórica para destruirlo, que tal vez habría que conservarlo por su valor..., no sé, arqueológico. Documental. Un lío.

## VIII

Aquella noche el presidente durmió fatal. Soñó con esvásticas blandas deslizándose como serpientes por los escaños del hemiciclo. Y la imagen del general Muñoz Grandes, con su mirada seca, sus orejas grandes y su cruz de hierro colgada al cuello sentado a su derecha, en la Vicepresidencia, mientras metros más abajo, en la secreta galería de tiro, soldados napoleónicos fusilaban a un grupo de senadores un 2 de mayo mientras Francisco de Goya tomaba apuntes en una esquina. Y el director del CNI le llamaba al teléfono del hemiciclo y le decía: “hay que hacer algo, hay que hacer algo”.

Al día siguiente, nada más llegar al Palacio del Senado, don Ricardo reunió a su equipo de confianza. Margarita, la secretaria, convocó a la jefa de Gabinete, al portavoz del grupo parlamentario mayoritario, Pablo Lavilla, y al letrado mayor. De Lavilla no se fiaba mucho, ya le había intentado hacer alguna jugarreta con el presidente del Gobierno, que era de su mismo pueblo, pero optó por convocarlo para que le ayudara a buscar una salida.

Evidentemente sin citar para nada al CNI. No creía que Pablo supiera nada de aquellos planes. En cualquier caso, los inminentes trabajos del ayuntamiento en la calle Bailén, justo ante la sede del Senado, eran una coartada perfecta para plantear la crisis del búnker y su oculta cruz gamada.

- Amigos. Tenemos un problema. Ya sabéis que bajo el edificio de la ampliación del Senado está el búnker del antiguo cuartel sobre el que se construyó el edificio. El ayuntamiento quiere revisarlo -mintió con convicción- por si se puede ver

afectado por las obras de la calle Bailén. Pero hemos descubierto que en una de las salas hay una cruz gamada nazi de grandes proporciones esculpida en la roca. Parece que se hizo por orden del general Muñoz Grandes, el de la División Azul. Barrunto que se puede liar gorda si esto trasciende. Ideas.

Todos le habían escuchado en silencio. Florencio Pellicer porque ya se lo sabía, la jefa de Gabinete porque no tenía, literalmente, ni idea, y el portavoz Lavilla porque ya hacía cálculos sobre el alcance político de aquel... incidente.

- Pues yo no veo tanto problema por una mierda de esvástica nazi. Se podrá destruir. Digo yo -propuso el portavoz.

- No es tan fácil. Es enorme. No vamos a dinamitar los cimientos del Senado. Y además no hay tiempo. Los del ayuntamiento vienen pasado mañana -mintió de nuevo el presidente, pensando ahora en lo complicado que le iba a resultar resolver su problema utilizando argumentos para otro menor y distinto.

- En mi humilde opinión, no podríamos deshacernos de ella alegremente. Al fin y al cabo se trata de un elemento oculto de la historia de España. Podría dar pistas sobre episodios que desconocemos. Es como si hubiéramos descubierto una cámara secreta en una pirámide, apuntó el letrado mayor.

- Bueno, bueno, no exageremos -apostilló don Ricardo.

- Da la casualidad... (el también secretario general extrajo de la chaqueta su teléfono móvil de última generación, pantalla grande, lentes a porrillo, perfil redondeado) de que se acaba de descubrir en los sótanos del Senado francés, que como sabéis está en el Palacio de Luxemburgo de París, junto a los jardines, un busto de Hitler -explicó mientras traducía de la exclusiva publicada la víspera por Le Monde a florada mágicamente en la pantalla iluminada.

- El pasado siempre nos persigue, caballeros (reflexionó el presidente).

- Pues yo lo veo fácil -intervino de repente su jefa de Gabinete, una mujer que destacaba por su pragmatismo y que ya le había sacado de más de un atolladero en los cinco años que llevaba a su vera, al cargo de su agenda y de muchas cosas más.

- Cuenta, Carmen.

- Tapiarlo. El túnel se podrá tapiar ¿no?

- Más opiniones.

## IX

- Soy Octavio. Tenemos que hablar.
- Cuando quieras.
- Es urgente.
- Te espero en mi despacho. En una hora.

El oscuro y muy oficial vehículo del director del CNI volvió a ser estacionado silenciosamente bajo la desdeñosa altivez de Cánovas del Castillo, don Antonio. Su ocupante ascendió por la alfombrada escalera de mármol del Palacio del Senado para encontrarse con un Ricardo mucho más inquieto que en su anterior entrevista.

- Se trata del búnker.

- Ya imagino. Todavía no he podido pensar en ello -mintió una vez más, ya le estaba cogiendo el gusto-. Sólo han pasado cuatro días. Deberíamos tomarlo con calma. Hablar con el arquitecto, medirlo. Buscar planos. No sé en qué condiciones estará aquello. Hace mucho que no lo visito. Allí no habrá más que polvo y suciedad. Y humedades. Estamos en el Magerit árabe, que quiere decir agua o manantial subterráneo...

- No sigas. Hemos descartado el proyecto.

Don Ricardo casi da un salto en el sillón. Consiguió controlarse, pero a Octavio no le debió de pasar inadvertida la manera en la que abrió, repentina y desmesuradamente, los ojos agazapados tras sus lentes bifocales

- El presidente va a anticipar las elecciones.

Otra vez Octavio le ganaba en manejo de información. Cosa lógica dada su responsabilidad. Pero le fastidiaba. Era consciente de que en otra época habría sido él uno de los primeros privilegiados en conocer una decisión de tanta trascendencia, seguramente por boca del propio líder. Los tiempos habían cambiado y tal vez aquel anuncio fuera también el preámbulo de una nueva etapa vital, quizá ya fuera del Senado, e incluso fuera de la política. Se dio cuenta de que los pensamientos se le acumulaban exponencialmente y trató de recobrar la compostura ante el jefe de los espías, al que no



parecía preocupar el asunto de las elecciones, como si no fuera con él. Solo le molestaba por cuanto afectaba a su juguetito del búnker.

- Ya sabes lo que suponen las elecciones anticipadas. Todo paralizado. Los raspoutines de Moncloa le han convencido de que ahora es el mejor momento, por aquello de las encuestas. Y porque el presidente no ve claro que vaya a encontrar apoyo a los presupuestos. Así que ni un euro se va a mover. Y menos para un proyecto secreto como el mío (en ese momento don Ricardo comprendió que Octavio vivía el proyecto como una criatura propia, y casi sintió pena). Pasarán los meses y cada vez será más difícil aprovechar la coyuntura de las obras. A lo mejor tenemos que renunciar a este emplazamiento -se lamentó.

- Todo se andará, Octavio, todo se andará -le tranquilizó el presidente- ¿Te apetece un Oporto? ¿Un jerez tal vez?

- No quiero nada. Me voy. Tengo que activar el Sistema de Contrainformación y Encapsulamiento de Filtraciones (SICEFI) antes de que el presidente anuncie lo de las elecciones. Ya sabes que se va a Doñana el fin de semana.

De pie, ante la gran ventana de su despacho, por la que se filtraba una suave luz vespertina, Ricardo se deleitaba con el desenlace de su conversación con Octavio Lucena. Un problema que se resolvía por sí solo. Y en cuanto a su futuro... quizá fuera momento de volver a la "vida civil", pensó con algo de melancolía. Pero se le ocurrió algo.

Llamó a Vicente y le pidió que fuera a buscar un Vega Sicilia, casilla C3.

- ¿Celebramos algo, señor?, se atrevió a preguntarle el portero mayor, consciente de que la petición escondía algún suceso extraordinario.

- Claro que sí Vicente, claro que sí. Que voy a empezar una obra maestra. Voy a tapiar el búnker de arriba abajo y me voy a quedar como nuevo.

Se llevó el índice a la boca, haciéndole ver que debía guardar silencio.

Mientras el portero mayor se disponía a abrir la puerta, todavía le espetó, con el mismo dedo levantado hacia el techo: "Omne ignotum pro magnifico".

"Omne ignotum pro magnifico", "Omne ignotum pro magnifico", se repetía el veterano ujier mientras descendía secretamente por las escaleras metálicas, en solitaria expedición, tras superar la puerta "SIN SALIDA", a la caza de aquella excepcional, y última botella.